



XI.

PRISIÓN DEL REY DE FRANCIA.

1525-1529.

Dan los franceses galeras para escoltar á su soberano con guarnición de españoles. Viaje á Barcelona.—Motin de las galeras en Alicante.—Convoy á Italia.—Combate de Amalfí.—Muerte de D. Hugo de Moncada.—Pasa Andrea Doria al servicio de España.—Grandes efectos.—Liberación de Génova.



FRANCISCO I, caballeroso rey de Francia, cayó prisionero en la batalla de Pavía, peleando como un simple capitán de compañía; fué llevado al castillo de Pizzighitone por de pronto, y se preparó la escuadra para conducirle á Castilnovo, de Nápoles, cumpliendo las órdenes del Emperador.

Entretanto insinuó el regio cautivo al virrey de Nápoles, Carlos de Lanoy, encargado de su custodia, el deseo de ser llevado á España, donde directamente con el Emperador podría tratar la liberación con más rapidez que mediando los ministros de ambas Coronas. Una dificultad grave se oponía á este plan: siendo la escuadra francesa superior á la nuestra, según se ha visto, fuera imprudente darla ocasión de rescatar con las armas á su soberano saliendo al paso de la costa de Provenza; pero el interesado obvió los inconvenientes conviniendo con Lanoy en las siguientes precauciones: El mariscal Montmorency, Capitán general de la mar por parte de Francia, pondría á disposición del Virrey 10 galeras armadas á punto de guerra, provistas de patrones, pilotos, marineros y forzados, con víveres, municiones, velas, palamenta, ó sea



en disposición de navegar desde luego, para ser guarnecidas por capitanes y soldados españoles. La escuadra de escolta no sería en modo alguno hostilizada en el viaje que hiciera á la costa de la Península conduciendo al rey Francisco I, ni en el de regreso al puerto de Génova, de donde había de salir, poniéndose como garantía de cumplimiento de esta condición, en manos de Lanoy, el dicho mariscal Anna de Montmorency, el conde Juanetín ó Filipin Doria ¹, y algunas personas más, allegadas al jefe de la escuadra, Andrea.

Lanoy se comprometió, por su parte, á devolver ó hacer devolver en cualquiera de los puertos de Marsella ó Tolón, pasados quince días de la llegada á España, las galeras que recibiera, en el mismo estado, sin quitar ni retener cosa alguna del armamento. Ofreció, además, no hostilizar en tierra ó mar en los viajes de ida y vuelta, y pasados los quince días antedichos, proveer al mariscal de Montmorency, al conde Juanetín y acompañantes, de salvoconducto para regresar libremente al punto que su señor quisiera designarles.

Se hizo la negociación con secreto, aunque tenían que conocerla las personas nombradas, la reina Regente de Francia, Hernando de Alarcón, General de la infantería española encargado de la guarda del prisionero y D. Hugo de Moncada, que estándolo en Francia recibió libertad sin rescate, con el fin de llevar al Emperador la noticia por tierra. Nada traslucieron el duque de Borbón ni el marqués de Pescara, generales del ejército imperial, que se hubieran opuesto abiertamente á la idea, ni Lope de Soria, activo Embajador de D. Carlos en Génova, llegando todos al muelle de esta ciudad á despedir al rey Francisco en la creencia de que se encaminaba á Nápoles ².

Verificóse el embarco el 31 de Mayo de 1525, entrando el Rey en la capitana de Portuondo y Lanoy en la del comendador Icart. Iban 15 galeras, una carabela y algunos bergantines, bien guarnecidos. Costeando hasta Portofino, se presentaron las galeras francesas, siendo seis y no 10, como es-

¹ Filipin Doria le nombran Sandoval y otros.

² *Viajes regios.*



taba convenido, por negativa de Doria á entregar ninguna de las suyas, si bien no tuvo dificultad en comprometer la fe y dar en rehenes á su sobrino Juanetín en seguridad de no salir á la mar mientras Francisco I no llegara á su destino.

Embarcada de seguida la guarnición española, volvieron las proas al Poniente; pasaron á la vista de Niza con viento favorable; llegaron el 17 á Palamós y al siguiente día á Barcelona, con rapidez tan poco común, que Carlos V tuvo noticia de la llegada antes de recibir el anuncio de la salida que por tierra le llevaba Moncada.

¡Cuál sería la sorpresa y la impresión de las gentes viendo entrar en el puerto la flota! Iban entre las 15 galeras españolas embanderadas, luciendo paveses y galas, las seis de Francia con los palos, remos y costados pintados de negro, y aun los tendales y banderas llevaban de este color en demostración de duelo y tristeza. La ciudad desplegó el aparato de las solemnes ocasiones para la recepción del huésped coronado; acudieron á besar su mano grandes y pequeños, haciéndole entender que se hallaba á merced de nación hidalga ¹.

Reembarcó el 22 de Junio, haciendo sin ningún accidente la travesía á Valencia. El 28 salió de esta ciudad para la de Alicante, y ya de aquí caminó por tierra hacia Madrid; pero antes de apartarse de la costa pasó á su vista un suceso lamentable que no dejó de hacerle impresión. La gente de las galeras que, acabado el viaje, presenciaba los preparativos para el del interior en que iba á separarse su General sin satisfacción de las pagas atrasadas, se amotinó pidiéndolas, y ante la respuesta á que obligaba la falta perpetua de dinero, rompió el fuego contra Lanoy, ojeándolo por las huertas á través de las cuales huyó saltando tapias. Una de las balas se aplastó en el marco del balcón adonde el Rey se había asomado, tratando de apaciguar los ánimos con su palabra. Los apaciguó al fin alguna cantidad que facilitaron los vecinos de Alicante instados por el Virrey, y quizás más por el peligro de la tormenta soldadesca.

¹ *Viajes regiois.*



¿Habrà quien presuma que de la entrevista entre los Reyes, de las condiciones que suscribió Francisco por obtener la soltura, y de las promesas que hizo surgió la paz? Nada de eso; pesó el despecho mucho más en su ánimo, y como quiera que el recelo de los potentados por los triunfos del Emperador despertara su interés por esa ilusión apellidada equilibrio europeo, con que suele disfrazarse la aspiración de cada cual, teniéndolas el Papa Gregorio VII hacia el reino de Nápoles, se hizo alma de las intrigas diplomáticas, formando confederación en que entraban Francia, Venecia, Milán y Florencia, con instancias á Inglaterra contra el Emperador, ahora aislado frente á tantos enemigos (1526).

Había entre los capítulos de la Liga uno referente al armamento de escuadra de 28 galeras; 12 de Francia, 13 de Venecia y tres del Papa, sin contar las naves de vela, bajo el mando general de Pedro Navarro, puesto en libertad al mismo tiempo que el Rey á quien ahora servía. Esta armada se estacionó en Saona, á la mira de Génova, y teniendo noticia de haber salido de Cartagena Carlos de Lanoy con un convoy de 32 naves y 4.000 infantes en día de calma, lo atacó sin gran resultado; sólo echó á fondo una nave conductora de 200 hombres, de los que la mitad se ahogaron, quedando la otra en poder del enemigo. Fué la última acción naval del conquistador de Orán; poco después volvió á caer en manos de los imperiales, y acabó tristemente sus días en el castillo de Nápoles ¹.

Al principio no obtuvieron los aliados las ventajas que se prometían; adelante invadieron el reino de Nápoles, encerrando en la capital á los españoles, pocos y no bien aveni-

¹ De los rumores que corrieron acerca de su muerte trata D. Martín de los Heros.—El ataque á la flota de Lanoy en que iban los refuerzos de tropa á Italia era de supremo interés, pues que sin soldados no podían sostenerse allí los españoles; por ello acudieron á estorbar la marcha del convoy Pedro Navarro con la escuadra de Francia, Andrea Doria con la de Génova, y con la del Papa Paulo Justiniano; los españoles se les fueron, sin embargo, de las manos y desémbarcaron en Gaeta. Paulo Jovio, *Vida de Pompeyo Colona*. Iban en el convoy, por las noticias de García Cereceda, 5.000 españoles y 4.000 alemanes; los que sofocaron el alzamiento de los moriscos en la sierra de Espadan.



dos. En la mar tenían aquéllos también superioridad de que se habían utilizado bloqueando á Nápoles, de modo que llegaron á escasear los mantenimientos.

Se hallaban en Salerno, al mando de Filipin Doria ¹, ocho galeras con dos bergantines, guardando el flanco del ejército francés y había noticia de próxima llegada de 20 galeras más de venecianos, que acabarían de estrechar á la plaza. Antes que sucediera, determinó D. Hugo de Moncada salir contra las que estaban á la vista, arriesgando la acción con alguna probabilidad de conseguir respiro, aunque sus recursos fueran pocos. Armó seis galeras del reino, reforzándolas con arcabuceros viejos escogidos de la compañía de Juan de Urbina; dos fustas de españoles, dos bergantines y algunos bates, más por hacer bulto que porque fueran de provecho.

Filipin recibió aviso de la salida, que le sirvió para embarcar 600 arcabuceros franceses y situarse en espera á barlovento, como mejor le pareció. Al ver al enemigo aproximarse dudó, engañándole tanto número de vasos, mientras no pudo distinguir claramente no ser más de seis los de gavia. Tres de los suyos mandó separar, simulando retirada, y porque dos de D. Hugo vogaban muy atrás, llegaron á encontrarse y aferrar cinco galeras genovesas y cuatro de las españolas con las dos fustas ².

Las nuestras dispararon la artillería con precipitación, ansiando llegar á las manos, para lo que llevaban toda la gente en pie sobre la proa y la crujía, y las pelotas fueron por alto sin hacer daño por estar los genoveses echados en la cubierta en espera. Dispararon á su tiempo ellas con diferente fortuna, porque una bala de basilisco acertó á la capitana de Moncada destrozando el espolón, barriendo 30 hombres en el centro y dos caballeros en la popa. Llegó, por tanto, al bordo en mala disposición, embarazada la cubierta con los miem-

¹ Filipin ó Joanetin Doria, sobrino de Andrea y su lugarteniente, era hijo de Bartolomé Doria y de Lucrecia del Carreto. Las ocho galeras suyas se nombraban *Capitana*, *Pellegrina*, *Donzella*, *Sirena*, *Fortuna*, *Neptuno*, *Mora* y *Signora*.

² Se llamaban las españolas *Capitana*, *Gobba*, *Villamarina*, *Perpinana*, *Calabresa* y *Sicama*.



bros y sangre de tantos cuerpos, si bien no pasó un instante sin que los vivos se repusieran de la impresión penosa al chocar de las armas, de forma que entraron en la galera de Filipín, arrinconando á su gente.

Otras dos galeras españolas rindieron brevemente á la *Pellegrina* y la *Donzella*, y á éstas acudieron las dos rezagadas, entreteniéndose en saquear, creyendo que todo estaba concluído. La función presentaba realmente mal aspecto á los genoveses. En esto llegaron las tres de la reserva de Filipín derechas á la de D. Hugo. La *Mora* envistió la popa disparando sus cañones, y destrozó el timón; la *Neptuno* chocó por el través, derribó el palo, que al caer con la entena mató á casi todos los que quedaban; la *Signora* abordó por la proa, lanzando á la vez desde las gavias dardos, piedras y alcancías de fuego. ¿Cómo resistir á cuatro? Moncada recibió dos balas de arcabuz, y una de esmeril le destrozó una pierna; con él murieron Jerónimo Trani, el artillero mayor y los más de los oficiales en obra de un momento.

Las tres galeras genovesas del socorro, mandadas por Nicolás Lomellino, cayeron entonces sobre las españolas que combatían; las abrumaron del mismo modo que á la capitana, y recobraron las dos compañeras con tanta más facilidad cuanto no las defendieron la *Perpiñana* y la *Calabresa*, huidas después que las robaron, y vieron abatido el estandarte real ¹. La rendición del general casi siempre decide las batallas.

Tan sólo dos galeras imperiales sirvieron de trofeo al enemigo en reemplazo de las suyas *Sirena* y *Fortuna*, destrozadas por la artillería. La *Villamarina*, la *Sicana*, una fusta y varias de las embarcaciones menores se anegaron. De balas de arcabuz murieron Cesar Fieramosca, los caballeros don Pedro de Córdoba y D. Luis de Guzmán; los capitanes Bernardo de Villamarín, hijo del almirante que fué de Nápoles, Giustiniani, Barado, Espinosa, Zambron y Juan Vizcaíno. Los muertos ó ahogados de infantería ascendieron á 700 y á

¹ El príncipe de Orange hizo ahorcar á los capitanes así que llegaron.



otros tantos próximamente los marineros y forzados. Heridos salieron el marqués del Vasto en el cuello, de una olla de fuego; Ascanio Colona en pie y mano; el marqués de Corata, Mosen de Bauri ó Ubairi, flamenco, con arcabuzazo en el hombro, D. Francisco Icart, D. Felipe Cervellón, Aníbal Genaro y Camilo Colona. Los genoveses perdieron un capitán de galera y más de 500 combatientes.

Duró la batalla poco más de cuatro horas, el 28 de Abril de 1528 á vista del Cabo del Oso (Urso), no lejos de Amalfi, reñida y sangrienta. Por el número de los bajeles no era de aquellas consideradas grandes ó principales que deciden una campaña; por las circunstancias fijó la atención de los entendidos en el arte de la guerra, sirviéndoles de estudio y enseñanza para fijar principios. Filipin Doria demostró:

Que importa, aunque la escuadra no sea numerosa, constituir una reserva.

Que es secundario el combate parcial atacando con masa irresistible.

Que puede recibirse el fuego del enemigo adoptando precauciones, con tal de emplear el propio oportunamente y con mayor efecto á corta distancia ¹.

No procedió D. Hugo de Moncada ligeramente saliendo á retar á una fuerza superior en galeras, y que tenía además en su favor la ventaja que lleva toda escuadra organizada de tiempo atrás y que espera cruzando en la mar, á la que se arma con precipitación y con gente no avezada á la vida á bordo. La situación de la plaza; la seguridad de que muy pronto se vería estrechada, le abonaban para arriesgar un lance que podía proporcionarla tiempo para aprovisionarse; y que no era del todo aventurada la resolución acredita el arrojo con que peleó su gente que, á no ser por la vergonzosa conducta de dos galeras, hubiera alcanzado distinto tér-

¹ En estas apreciaciones han estado conformes el conde Juan Bautista Brembato, *Discurso al Duque de Sesá sobre la milicia de mar*, Ms. Bibliot. nac. E. 143; Vargas Ponce, *Vida de D. Hugo de Moncada*, Ms., y Mr. Jurien de La Gravière, *Doria et Barberousse*, pág. 162. También las hicieron Paulo Jovio, *Lettere volgari*, Venetia, 1560, y Blaise de Montluc, *Commentaires et lettres*, Paris, 1864.



mino. En el manejo de la artillería se vió estar mejor servidas las galeras genovesas, sin hacer mérito del tiro casual que barrió á la capitana española, tiro de suerte más bien, que les dió enorme superioridad al comenzar el abordaje, aumentada con la caída del palo y entena dentro. A pesar de todo, estuvo tan al cabo la tripulación de Filipín, que desherró éste á los forzados turcos y moros, ofreciéndoles libertad peleando, resolución que sólo en casos extremos se tomaba. Y por cierto ultrajó esta chusma el cadáver de D. Hugo, recordando sus jornadas de Africa ¹.

¹ Fué entregado el cuerpo por los vencedores y sepultado en la iglesia de San Andrés de la ciudad de Amalfi. Adelante, según apuntó Vargas Ponce, como su tío D. Guillén Ramón de Moncada, obispo de Tarazona y canciller del reino de Valencia, erigiese extramuros de esta ciudad el convento de Nuestra Señora del Remedio, hizo trasladar los restos, nueve años después de la batalla, y se depositaron en mausoleo de alabastro al lado del Evangelio del altar mayor con este epitafio:

CHR. OPT. MAX.
EXAUGLATIS TERRA MA-
RIQ. LABORIBVS INNUMERIS
SVE FERD. CATH. ET CAR-
LO V. SICVLORVM PRO RE-
GIA DIGNITATE ET OMNI-
BVS HONORIBVS IN SRA R.
P. FUNCTVS CONTRA SÆ-
VAM GALLORVM TIRANIDEM
PARTHENOPEM CVM REG-
NO SERVANS NAVALI PRE-
LIO INVICTO ANIMO DIMI-
CANS PRO P. LIBERTATE
PRO CÆSARE, PRO NOMI-
NE TAMDEM OCCVBRIT
GLORIOSE
DON HUGO A MONTE CA-
TINGO D. GVILLEN FRA. PIEN-
LISSIMVS F. B. M. D.
S. P. F. C.
▲ PVERPERIO
1537.

Don Pedro de Madrazo ha rectificado esta noticia en informe á la Academia de la Historia que se publicó en el *Boletín* de la misma, t. XI, pág. 470. Don Guillén no fué tío sino hermano de D. Hugo, y lo que se dice magnífico mausoleo de alabastro se reducía á una lápida con el epitafio. Lo vió y copió D. Antonio Pons en su *Viaje de España*, y refiere que estaba colocado junto al altar de la capilla del lado del Evangelio, debajo de una imagen de Nuestra Señora. Como en esta misma capilla se hallaba el mausoleo del conde D. Juan de Moncada y de su mujer la Marquesa de Villaragut, monumento costeado por aquel D. Guillén Ramón de Moncada, obispo de Tarazona, que podía, en efecto, ser considerado como obra suntuosa, dado que presentaba los bultos yacentes de los dos esposos, de bella escultura, es muy posible que Vargas Ponce confundiera las especies.



Fenecida la batalla se fué á Sorrento Filipín Doria á desembarcar sus heridos y reparar las galeras, que habían quedado abiertas y desconcertadas. Las dos presas agregó á la escuadra, poniendo al remo á los prisioneros españoles de baja clase; los de calidad, como el marqués del Vasto y Ascanio Colona, reclamó el general francés en nombre de su Rey, con escándalo del que los había tomado á costa de la sangre, y dió la cuestión origen á disgustos que cortó por el momento Filipín, dando la vela para Génova, donde estaba su tío, pues recelaba que se los arrancaran violentamente las galeras francesas y venecianas esperadas cada día.

Llegaron efectivamente veinte, después de correr la costa de Pulla y apoderarse de aquellas plazas que antes tuvo Venecia, gracias á la condición tornadiza de los venecianos; apretaron luego el bloqueo de modo que les hacía esperar la caída de Nápoles por hambre, en lo que se engañaron; tanto es factible la especulativa en las andanzas de la guerra.

¿Quién diría que la pérdida de una batalla naval había de dar al Emperador preponderancia en la mar? Pues así sucedió por rareza, decidiéndolo el valor del rescate de los prisioneros, como siglos atrás (en 1372) influyó en mudanza parecida el de los que se hicieron en la batalla de la Rochela.

Tratemos de explicar el fenómeno.

Andrea Doria, uno de los grandes marineros de la época¹, de ilustre linaje genovés, tuvo nacimiento en Oneglia en 1466, y juventud trabajosa, huérfano y sin bienes de fortuna. Sirvió con armas en la guardia del papa Inocencio VIII, en el ejército del rey de Nápoles D. Fernando de Aragón y en el del príncipe Sinigaglia, en frente de Gonzalo Fernández de Córdoba. Llamado por la ciudad de Génova para confiarle el mando de dos galeras, sintió despertar la verdadera vocación, haciéndose temible en la mar, ya contra turcos y moros, ya contra cristianos, franceses ó españoles, porque, poco es-

¹ Lorenzo Capelloni, *Vita del Principe Andrea Doria*, Venegia, 1565.—Grillo Cattaneo, *Elogio storico di Andrea Doria*, Parma, 1781.—Jurien de La Gravière, *Doria et Barberousse*, Paris, 1886.



crupuloso en esto de banderas, siguiendo las prácticas de la mocedad, que eran las de muchos caballeros y aun potentados de Italia, desde que se vió dueño de la respetable escuadra que armó y organizó por su cuenta, la puso al servicio de quien la pagara, aunque sin perder de vista, en verdad, los intereses de su patria, consumida por las facciones de los Adorno y los Fregosi. La expugnación de los franceses en el castillo de la Linterna de Génova; la batalla de Pianosa, en que venció con seis galeras á trece de moros; las operaciones de Córcega le dieron nombradía, cantando sus compatriotas:

Questo e quel Doria che fa dai pirati
Sicuro il vostro mar per tutti i lati.

Cuando las tropas del Emperador arrojaron de Génova á los franceses, elevando á la autoridad ducal á Antoniotto Adorno, afiliado en el bando contrario, sintiendo contra los españoles profunda saña por los excesos y daños del saqueo, pasó con cuatro galeras al servicio de Francisco I, cuyas armas favoreció mucho organizando su marina, empleándola con acierto, sobreponiéndola á la del Emperador y dominando las aguas de Italia. Don Hugo de Moncada no pudo hacerle frente con ventaja en la campaña de Provenza y vino á caer prisionero en sus manos casi al mismo tiempo que el príncipe de Orange.

Ya se ha visto que para conducir á España al rey Francisco I hubo que contar con la aquiescencia del Almirante, sin la cual las galeras imperiales, inferiores en número, no hubieran podido pasar ante la estación de las suyas en las Hieres.

Cuando las hostilidades se rompieron de nuevo, aliada Francia con el Papa y venecianos, el genovés dirigió las galeras del Pontífice, sin faltar á los anteriores compromisos; iban precisamente unidos á poner de nuevo á Génova bajo la dependencia antigua, á levantar á los Fregosi abatiendo á los Adorno. Al sitio de Nápoles envió á su sobrino el conde Filipín, quedando él á la entrada del puerto.



Decían los políticos que, un corsario berberisco (Barbarroja), y un aventurero genovés (Doria), enseñaban á los reyes lo que vale la posesión de la mar, y que Francisco I había desatendido la lección.

Doria, en verdad, no estaba nada satisfecho del señor á quien tan grandes servicios había prestado; miraba mal el nombramiento de general de los mares de Levante, superior suyo, otorgado con mucho favor del Rey á Antonio de la Rochefoucauld, señor de Barbezieux ¹; le disgustaba el atraso en la paga de las galeras, y más que nada, sostenía su descontento la falta de formalidad en el cumplimiento de ofertas hechas relativamente á los privilegios de la ciudad de Génova. Doria la amaba con pasión: era verdadero y desinteresado patriota. ¿Había de ver con indiferencia que la humillaran, favoreciendo á Saona, ciudad dependiente, refugio de los descontentos, rival indócil, que aspiraba á despojarla de las ventajas del comercio?

Llenó la medida de la desazón la insistencia en pedir con amenazas la entrega del marqués del Vasto, de Colona, de los prisioneros principales hechos en la batalla de Amalfi. ¿No era bastante que le hubiera defraudado el Rey en el rescate del príncipe de Orange y de D. Hugo de Moncada, que le correspondían?

De todo ello hizo capítulo de agravios, que envió á Francisco I, esperando ser atendido; vana esperanza; el Rey caballero ordenó á Barbezieux que pasara á Génova, se apoderara de las galeras y asegurase la persona del Almirante.

«Ahí están las galeras de Francia—le dijo Doria entregándoselas;—estas son mías; no tengo que dar cuenta de ellas.»

Colona y el marqués del Vasto, los prisioneros, con intervención de las familias y de algunas personas influyentes de Italia, se valieron de las circunstancias para insinuarle cuánto más le convendría pasar al servicio del César.

Adelantados los tratos, cayó en manos francesas un emisario que, á pretexto de rescate, pasaba á España con carta cre-

¹ Señor de *Barbusi*, escribe Sandoval; de *Barbigios*, Guicciardini; *Barbigian*, Herrera.



dencial de Doria para el Emperador. Por el contenido se impuso Francisco I de todo; y, cayendo en la cuenta de lo que iba á ocurrir, procuró deshacer la negociación sin tardanza, ofreciendo desagraviar al Almirante. Era tarde; tenía ya asegurada D. Carlos la aceptación de las condiciones á su gusto y por más que interpusieran su valimiento el Papa, por mediación directa de su secretario, y los Embajadores venecianos, entreteniéndolos con vaguedades, el día en que se cumplía el compromiso con Francia, envió al Rey el collar de la orden de San Miguel, juntamente con la declaración de apartarse de su autoridad. Arrancó de la popa de la galera capitana las armas esculpidas, abatió la bandera de la flor de lis, arbolando la de San Jorge de Génova. No quiso hacer el cambio radical, aunque ya tenía aceptado el empeño. Los franceses llamaron, sin embargo, defección á su marcha.

La capitulación con el Emperador se firmó por poderes en Madrid, el 10 de Agosto de 1528, estipulando ¹:

Libertad é independencia de Génova, gobernada bajo forma republicana, con integridad de todo su territorio, incluso el de Saona, bajo la protección del Emperador.

Facultad á todo súbdito genovés para comerciar libremente en los dominios del Emperador como sus propios vasallos.

Amnistía completa por sucesos pasados de la guerra.

Título de Capitán general de la mar, con jefatura superior de toda nave que se agregara á las suyas.

Con estas, y otras condiciones de menos importancia, pondría en libertad á los prisioneros de la batalla de Amalfi, y serviría con 12 galeras (luego 15), pagadas de dos en dos meses, á razón de 500 ducados de oro al mes cada una, más un suplemento para pólvora, pelotas, etc.

En este asiento ó capitulación, lo mismo que en los documentos oficiales sucesivos, se le nombra *Ilustre Micer Andrea Doria*, conservando el nombre de pila italiano, cuya equivalencia en español es *Andrés*.

¹ Véase Apéndice núm. 9.



Por primera diligencia, se dirigió el Capitán general á Isola ó Ischia con los prisioneros, que puso en libertad. Llevaba todavía bandera genovesa; no obstante, teniéndole por enemigo, acudieron con intención de deshacerle, si pudieran, los almirantes francés y veneciano, con 35 galeras. Él amarró las suyas bajo las baterías del castillo, contestando al cañoneo de aparato con que las otras le retaban desde distancia prudente. Desde entonces arboló la bandera de España, honrándola con las primicias del servicio en estorbar el bloqueo de Nápoles, que al fin se deshizo, desesperados los franceses de rendir á la plaza, de la que tuvieron que retirarse, reducido su ejército de 25.000 á 4.000 hombres.

Cuando la escuadra se volvía á Provenza, llevando la artillería y tren de sitio, picó Doria la retaguardia á Barbezieux, su anterior jefe nominal, tomándole dos galeras rezagadas y dos naos con caballos y pertrechos. Con todo ello atracó al puerto de Génova, contando con los deudos y amigos dentro de la ciudad, que se sobrepusieron á la guarnición francesa, echándola del castillo y sacudiendo de una vez ya, definitivamente, la ingerencia de que tantos años sufrieron, con alternativas cortas de respiro. Saona sucumbió pocos días después; la obra patriótica de Doria estaba concluida, realizándola la entereza con que rehusó el título y autoridad de Dux que le brindaban sus conciudadanos. Mas no pudo sustraerse al reconocimiento, al aura popular, á la voz pública, que le proclamó *libertador y padre de la patria*, títulos los más gloriosos, los que más deben halagar al hombre honrado. La impresión se refleja en los versos de Ariosto ¹:

«Questi ed ogualtro che la patrià tenta
Di libera far serva, si arrossisca;
Ne dove il nome d'Andrea Doria senta,
Di levar gli occhi in viso d'uomo ardisca.»

Otra consecuencia de la rota de los franceses en Nápoles, fué la recuperación de las plazas de este reino, á pesar de los

¹ Entonces se acuñó en su honra medalla en que aparece el Almirante junto á la antena de su galera, en figura de Neptuno, y por reverso la rosa de los vientos, con las palabras: VIAS TUAS, DOMINE, DEMOSTRA MIHI.



esfuerzos con que los venecianos procuraron conservar las de Calabria y Pulla. A poco, concertada la paz entre España y Francia en Cambray, el 5 de Agosto de 1529, se convino, entre las condiciones, que Francisco I daría ayuda al Emperador para ir personalmente á Italia, según anteriormente habían tratado en Madrid, consignándolo en estos términos ¹:

«27. Item. Quanto a la ayuda y asistencia por mar y por tierra prometida por el rey Cristianísimo para la pasada del Emperador en Italia, el dicho señor Emperador por respeto de esta paz se desestirá de ella y terná por libre al dicho señor rey, con que solamente le dé dentro de dos meses despues que fuere requerido, agora sea para su pasada en Italia, o para la vuelta, o para servirse estando en ella, doce galeras, cuatro naos, las mayores y mejores que tuviere, y cuatro galeones suficientemente artillados y aderezados de artillería y municiones necesarias y de marineros, remeros y oficiales para la conduta de las dichas galeras, naos y galeones, sin meter en ellas gente alguna de guerra, lo cual todo dará al dicho señor Emperador ó quien su poder hubiere, en la forma sobredicha, libremente, para que pongan en ellas los capitanes y gente de guerra que al dicho señor Emperador le pluguiere para ello ordenar. De la cual flota el Emperador se servirá a costa del dicho señor Rey, escepto de la gente de guerra, que será puesta por la parte del Emperador a su voluntad, por el tiempo de cinco meses, que se contarán desde el dia que llegaren al puerto que por su Magestad les será nombrado. Y el dicho señor Emperador, recibiendo la dicha armada, dará o hará dar por las personas que para ello cometerá, al capitan que llevará la dicha armada, sus letras patentes firmadas de su mano y selladas con su sello, por las cuales prometerá y jurará, que pasados los cinco meses restituirá luego al dicho señor Rey o á sus diputados la dicha armada de mar, de la manera que la hubiere recibido.....»

Acto segundo de la entrega de las galeras enlutadas en 1525.

¹ Sandoval insertó el Tratado íntegro en la parte segunda, libro XVII, pár. 29.